

TERESA VICENTE

**AMORES
MALSANOS**



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2017

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado
una acacia mimosa (*Acacia dealbata*) en el paraje
de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



“Amores malsanos”
© Teresa Vicente Vera, 2017
© La Fea Burguesía Ediciones, 2017
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.
www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa
Imagen cubierta: Eli Rezkallah

Primera edición: octubre de 2017
IBIC: FYB
ISBN: 978 84 946202 8 7
Depósito legal: MU 1080-2017

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

Índice

Prólogo	11
El carnicero	13
Elidora, Dora	21
Biblis y Cauno	29
El colombófilo	41
La Torre	49
Actos de amor	59
Memoria perfumada (1970)	73
La Tía Úrsula	85
El secreto	91
El segundo alimento del cuerpo	101
Alas prestadas	113
Crónica de los siete durmientes de Éfeso	131

A Robert Pocklington

Teresa Vicente es poeta, aun cuando escriba en prosa. Ese es su *estigma*, y lo planta sin contemplaciones frente a quienes la leen. Cuando escribe un relato, su aparente calma narrativa siempre es engañosa; porque en seguida se condensa, se afila, y se te clava como un verso. Creo que esa es su peculiaridad; que trabaja el verso o la prosa poética sin templar los ánimos, sin condescender con el ritmo del tiempo que el lector está esperando. Teresa es incisiva, inquietante. Y, en *Amores malsanos*, podréis comprobar a qué me refiero, cuando os interpele la carne fría de Johann, el gélido flotar de Eliodora, o la fuente de Biblis. Cuando leáis *Amores malsanos*, abrigaos bien; no confiéis en la aparente calidez de su inspiración mediterránea, porque os estremeceréis entre una habitación junto al palomar, en una excavación arqueológica, en la engañosa nimiedad de los extraños en el metro.

Amores malsanos es un caleidoscopio de personajes sin conexión, en una geografía cambiante, en tiempos históricos que se entrecruzan y saltan, como el paisaje desde un caballo al galope. Creo que hay mucho de Poe en los relatos de Teresa; en el saber que una frase inocente a comienzos del párrafo no puede anunciar nada bueno. Yo diría que su relectura de la mitología,

la historia, la religión, así como su inmisericorde tratamiento del sexo, son los rasgos más relevantes de una colección de relatos que discurre fluidamente, llevándote con mano gélida hasta el estremecimiento.

Emilio González Ferrín

EL CARNICERO

A Soren Peñalver

Una vez que colocó la pieza sobre el mostrador, la sujetó por delante con la mano; al extender ésta el cliente observó que tenía el joven un hermoso color dorado, como los hombres que trabajan en el exterior. Pero no lo hacía; era el dueño de una carnicería en un pueblo perdido y no parecía que fuese ese el color que le correspondía. Las suyas eran unas manos grandes, de uñas limpias y dorsos nervados. Desde que Dagobert había entrado en la tienda le sedujo hasta el espacio: era extraño que hubiese tanto orden y limpieza y el olor le agradaba, una mezcla de metálico y sal de la carne fresca. Le había pedido dos filetes de ternera, y contempló como el joven pasaba el afilado cuchillo a un centímetro y medio de la palma de la mano izquierda, rápido y preciso, consiguiendo un hermoso filete que se dobló sobre la madera; hizo lo mismo una segunda vez y le envolvió la carne en papel. Una vez terminado su trabajo, el joven levantó los ojos y, mirando a los de su cliente, le preguntó si quería algo más. La solicitud del cliente era muda pero el carnicero la entendió:

—Espérate un rato a que acabe y cierre el local —le dijo.

Dagobert se sentó en una silla enfrente del mostrador y esperó pacientemente a que se fugara la tarde, con la entrada constante de clientes. Todo ese tiempo estuvo mirando al joven carnicero, enamorándose de su belleza y sus movimientos, admirando su trato y dulzura, no pudiendo dar crédito a que una persona así ejerciese su trabajo con la precisión que él lo hacía. El carnicero apenas lo miró. Dagobert sabía por qué: él había pasado a formar parte de los seres invisibles; un poco mayor ya para atraer a un bello joven, a no ser que pensase en el dinero que podía obtener de él; pero su aspecto indicaba claramente que no nadaba en la abundancia. Dagobert no entendía muy bien entonces qué hacía allí, esperándole pacientemente, con sus dos filetes debajo del fresco mostrador.

Mientras continuaba aguardando, lo siguió contemplando a sus anchas: era bastante alto, con el pelo rubio, un poco ceniza, que caía sobre sus ojos y que él echaba hacia atrás para despejarlos, como quien pudiese quitar las nubes que tapan el cielo. Sus iris de color verde esmeralda se aclaraban conforme se acercaban a las pupilas. La boca era carnosa y fresca, de tierna sonrisa y voz quebrada.

Cuando atardeció, el joven carnicero —ya sabía que se llamaba Johann— había oído a varios parroquianos llamarle por ese nombre, se diri-

gió hacia la puerta y la cerró. Entonces le tendió la mano y le dijo:

—Ven, sígueme.

—No tengo dinero —le explicó Dagobert. Pero la respuesta del joven le sorprendió:

—No importa, tú sólo sígueme.

Entraron en la oscura trastienda; la ventana, muy alta, estaba bloqueada por la persiana y apenas pudo ver al principio; la luz venía de la todavía blanca claridad de la tienda. Cuando sus ojos se adaptaron, Dagobert observó que la habitación era el lugar donde el carnicero vivía. Pegado a la pared había un camastro con sábanas blancas y una manta parda; hacia allí se dirigió el joven, llevándolo con él, cogido de la mano.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Johann.

—Dagobert; llámame así... Sólo eso.

—De acuerdo —le contestó Johann.

El hombre tomó la iniciativa; lo desnudó como a un bebé y lo echó sobre la cama. Empezó a recorrer su boca, la que le había estado incitando durante la espera, se detuvo en su cuello y alcanzó el pecho oyendo el corazón extrañamente pausado del joven; se recreó en su blando estomago con la vista de su falo enhiesto que dejaba ver su glande de un rojo cárdeno. Alcanzó el pene y lo recorrió lenta y repetidamente hasta que oyó agitarse la respiración de Johann, entonces lo introdujo en su boca y alcanzó con su mano derecha su ano, acariciándose mientras que con la izquierda le sujetaba la cintura. Al

cabo de unos pocos minutos notó que el muchacho empezaba a tener su orgasmo y él a su vez se acompasó sobre el camastro en el ritmo que marcaron los dos cuerpos.

Johann se levantó, fue hacia la ventana y subió la persiana, volvió a la cama y se sentó, apoyando la espalda desnuda sobre el muro. Dagobert habría preferido dormir pero se sentó al lado del muchacho y se quedó mirándolo:

—¿Qué haces aquí? —le preguntó el carnicero.

—Bueno, soy de este pueblo; al menos nací aquí. La semana pasada murió mi padre y he venido a resolver el tema de la herencia.

—Ya —contestó Johann—, eres el hijo de Helmuth, el de la Hondonada.

—Eso es.

Los dos se quedaron mirando hacia fuera, hacia el cielo que había oscurecido y dejaba ver un astro que brillaba.

—Me di cuenta enseguida de que eras de los míos, de que tú entendías —susurró Dagobert.

—¡Pero qué dices; a mí quienes me ponen y me gustan realmente son las mujeres...! Aunque por mi condición estoy abocado a ejercer la caridad amorosa —le replicó Johann. Dagobert estaba sorprendido y no entendía mucho la situación; de golpe le había desaparecido la modorra y miraba intrigado al hermoso muchacho que tenía a su lado, que continuaba hablando.

—¿Has oído hablar de Lebensborn? —el otro negó con la cabeza—. Te explicaré, pero ten

paciencia; soy hijo de la eugenesia que llevó a cabo Hitler en Alemania. Mi madre era una chica muy joven, casi niña, de aspecto bastante ario, que fue convencida para participar en el loco proyecto que ideó Himmler. Entró en una de esas casas en el treinta y seis y, según ella, se quedó embarazada de un alto cargo militar que, una vez que empezó a notársele el embarazo, la abandonó. Mi madre, que como te he dicho era una niña, no supo qué hacer conmigo cuando nací: no tenía recursos y le daba vergüenza volver a su pueblo con un bebé. Así que me dejó para que me criasen en una de las casas Lebensborn. Al terminar la guerra me localizó y me trajo a este pueblo, de donde era mi abuelo; fue él quien me enseñó a ser carnicero.

—Es una historia terrible —contestó Dago-
bert—, aunque no entiendo qué tiene que ver lo
que me has dicho con tu extraña forma de cari-
dad.

—Pues verás; se creía que íbamos a ser se-
res especiales, por nuestra grandeza física y por
nuestra inteligencia. Pero yo sólo destaco en una
cosa, y menuda cosa: que atraigo sexualmente a
hombres y mujeres, por igual, de una manera
irremediable para ellos. Yo siempre me siento
culpable por mi condición, y accedo a satisfacer
su gusto porque ni vosotros ni yo tenemos culpa
de mi origen.

El carnicero guardo silencio un momento y
miró hacia el cielo, que se había encendido len-
tamente con más y más estrellas. Cuando volvió

El carnicero

a hablar, fue para decirle sus últimas palabras a Dagobert:

—Por favor, vístete y vete. No vuelvas, porque sólo pago una vez mi condición y tú ya has tenido tu moneda.